

Los protagonistas hablan

Anna

José Luí­s Mart­ínez

El 1 de octubre de 2005 fue el día más feliz de nuestras vidas. Anna, nuestra hija primogénita, vino al mundo a las 18.07 h. de aquella tarde y desde entonces atesoramos, una tras otra, vivencias, historias y anécdotas junto a ella.

Por motivos laborales, en aquella fecha vivíamos lejos de nuestra ciudad natal. Ello no impidió que toda nuestra familia se trasladara 600 km. para estar a nuestro lado. Al fin y al cabo, Anna no solo era nuestra primera hija, sino también la primera sobrina y la primera nieta por ambos lados de la familia. La ocasión se merecía una fiesta, una fiesta a lo grande.

Desgarrado por no poder estar presente en el parto, lloré desconsoladamente hasta el momento que, tras ver pasar a varios celadores con niños recién nacidos junto a sus madres, vi a lo lejos cómo se acercaba una pequeña incubadora. Por instinto me incorporé, intuyendo que se trataba de mi hija, y salí corriendo para avisar a la familia de que Anna estaba a punto de pasar por la zona de espera. Formaron un "pasillo de honor" y sólo unos minutos después de haber

nacido su imagen flotó durante unos instantes ante nuestros ojos, deslumbrándonos con los suyos, negros y abiertos de par en par, como si nos mirara a cada uno diciéndonos: "Aquí estoy, gracias".

Anna fue anhelada y deseada, como lo es todo hijo que una pareja se propone tener. Establecimos un estrecho vínculo emocional con ella desde el momento que supimos de su existencia en el seno de su madre. Sus primeros días, meses y ahora años, no han hecho más que constatar nuestros primeros indicios de que este camino es sin duda uno que ha valido la pena emprender. Por supuesto supone un reto, pero no muy diferente al de su hermana Abril o al de cualquier otro niño: simplemente es el suyo propio.

Anna es una niña querida por su entorno más próximo y por cientos de personas que nunca han tenido ni siquiera la oportunidad de verla en persona. Encarna cariño y amor a raudales. Arranca sonrisas de desconocidos. Hace que en ocasiones esas mismas personas se acerquen a nosotros con sus propias historias. Nos permite

hacer nuevos amigos. Nos brinda oportunidades que de otra manera nos hubieran pasado de largo. Y Anna tiene síndrome de Down y una cardiopatía congénita.

Aquel sábado 1 de octubre, si Anna nos daba las gracias, era por haber podido nacer y vivir. A pesar de que su condición era conocida, dispuso de su derecho -en ningún caso el nuestro- de disfrutar de la vida. ¡Y de qué manera!

Rompe moldes, tabúes y prejuicios, devolviendo con creces lo poquito que hasta ahora hemos podido brindarle.

Anna es, sin ningún tipo de dudas, una de las mejores cosas que nos ha ocurrido. Fue, es y será un privilegio concedido, y las gracias se las debemos nosotros a ella. Te queremos con locura, Anna. ■■■■■

Anna Martínez Marín vive en Castelldefels, Barcelona, junto a su madre M^a Ángeles, su padre José Luis y su hermana Abril. Su padre mantiene un blog en Internet (<http://www.elblogdeanna.es>) donde relata toda su vida en detalle y la experiencia que supone criar a una hija con una discapacidad intelectual.



Anna